



EL SIGNIFICADO DE UN GESTO

Roberto Bosca

El caso Williamson ha regresado a la escena algunos *issues* recurrentes como el antisemitismo y otros menos conocidos como el lefebvrismo, así como su relación entre ambos. No carece de interés detener una mirada en ella, porque cuando se centra el foco en el integrismo católico aparece un verdadero universo hasta ahora en general bastante maltratado, escasamente abordado en el ámbito científico, y peor conocido en el escenario general de la sociedad. Es así que esta rica realidad se encuentra de ordinario prácticamente oculta tanto al hombre de la calle como a los fieles cristianos y aun al propio clero, e incluso es ignorada por expertos en cuestiones eclesiásticas.

Se ha producido en los últimos años una ingente literatura sobre los llamados nuevos movimientos religiosos y existen suficientes estudios sobre el fundamentalismo islámico y el norteamericano. Sin embargo, aunque se han escrito historias (de desigual valor) sobre la Iglesia Católica contemporánea, también en nuestro país, no ocurre lo mismo con el integrismo católico, si se salvan los relatos casi siempre afectados de un calculado hipercriticismo sobre el nacionalismo (que es su expresión política), término con que se designa en el lenguaje ordinario al llamado “nacionalismo católico”.

La nueva impostación tradicionalista

La riqueza que este integrismo exhibe en su interior -aunque preñada de circunloquios y sutiles distinciones que dificultan su comprensión- reviste ya hoy una más que apreciable magnitud. Si a ello sumamos su llamativo crecimiento en el último medio siglo (correlativo al decrecimiento de su influencia política), a pesar de sus actitudes frecuentemente estrambóticas, todo ello acredita una necesaria atención.

De otra parte, la actitud bastante habitual incluso entre los mismos fieles de liquidar el problema con un juicio despreciativo, considerando a ese más o menos críptico mundo una retahíla de energúmenos, retrógrados y renegados que no quieren ni a su madre y que no están conformes con nada, no parece la mejor y más humana, y menos aún la más cristiana, además de desconocer que allí pueden encontrarse valiosos elementos quizás un tanto olvidados por la propia Iglesia “oficial”.

Prestar esta atención no es entonces ocioso, por cuanto en el tradicionalismo reverberan tornasoles que pueden dar ocasión a precisar conceptos sin los cuales se corre el albur de tener una visión empobrecida e incluso inexacta de la realidad, como por ejemplo la identificación entre tradicionalismo, lefebvrismo y sedevacantismo. Este desconocimiento, así como la ignorancia de la teología y el derecho canónico, constituye un factor agravante del problema, como claramente se refleja en la actual discusión suscitada por el levantamiento de las excomuniones a los cuatro obispos lefebvristas.

La exacta conceptualización de términos como integrismo y tradicionalismo reviste una gran dificultad por varios motivos, entre ellos porque se trata de una

mentalidad o de una sensibilidad que tiene una enorme cantidad de modalizaciones. Existe entre ellos una diferencia de grado. En el integrismo se configura una radicalización de la sensibilidad tradicionalista. El tradicionalista aprecia y aun sobrevalora la tradición, pero el integrista la sacraliza convirtiéndola en un absoluto.

Hay en él una crispación del espíritu, que se cierra en sí mismo aquejado de una constitutiva y radical intemperancia. Es una disposición espiritual que determina a una persona a preferir el criterio de una autoridad sobrenatural desconfiando al mismo tiempo de cualquier proceso subjetivo que inhibe la intrínseca consistencia de la autonomía de la realidad temporal. De este modo se conforma un fideísmo cuyo centro o eje es la exclusiva fe religiosa sin el aporte de la libertad humana.

Las dos actitudes típicas del integrismo ante el mundo son igualmente disfuncionales y se asimilan a la recomendación moral ante el mal, con el cual lo identifica. Por una parte se aparta y huye de él y por la otra lo enfrenta y lo combate: le teme y lo rechaza, todo al mismo tiempo, o sea, no lo ama. No puede asimilar la idea de un diálogo, al que interpreta como una claudicación, esto es, no quiere convertir sino imponer su poder. Es la cristalización de una subjetividad en la construcción utópica afirmada en un momento histórico.

Se pueden distinguir así en el tradicionalismo distintas corrientes cada una de ellas revestidas de matices propios, dentro de ese universo multicolor donde la palabra tradición tiene un peso específico determinante. El concepto de tradicionalismo es más amplio que el de integrismo, y de hecho no todos los tradicionalistas pueden ser considerados integristas en sentido estricto.

Básicamente en relación a la Iglesia Católica Romana se puede considerar un tradicionalismo radical, un tradicionalismo relativo y un tradicionalismo integrado. Los dos primeros se identifican con el integrismo, no así el tercero, aunque a veces se le acerque bastante, mantengan una sintonía común y por esto mismo sean ocasionalmente aliados. En realidad el integrismo no sería más que la patología del tradicionalismo. El integrismo es una simplificación de la realidad y un recurso al facilismo, una huida a la seguridad por miedo a la libertad. Es un abuso de confianza de la verdad y su resultado es una ideología de la fe.

El Concilio, piedra de escándalo

El *punctum dolens* de la cuestión se encuentra en el Concilio Vaticano II, un dato que determina las distintas actitudes en juego. Las tres corrientes mantienen una actitud crítica ante lo que consideran una ruptura con la tradición por parte del Concilio y el pontificado de Juan XXIII, y en el caso de los tradicionalismos radical y relativo, para ser más exactos, con el concepto integrista de la tradición.

En realidad el Concilio Vaticano II sólo puede ser comprendido en su autenticidad y tal como es si se lo considera a la luz del Concilio Vaticano I y del Concilio de Trento y no en ruptura con ellos, como erróneamente han querido interpretar tanto los integristas como los progresistas. En la visión integrista aquejada de una verdadera *veterolatría*, la tradición es considerada en una categoría superior al propio magisterio de la Iglesia, y en este punto reside el nudo de la cuestión.

Este distracto configura según el tradicionalismo un verdadero “caballo de Troya en la ciudad de Dios”: la entronización del modernismo teológico en la Iglesia, condenado por el papa Pío X como la colección de todas las herejías. Dicho neomodernismo viene siendo conocido desde los años treinta bajo el nombre de progresismo. Merece la pena puntualizar que ambas actitudes -integrista y progresista- aunque han sido consideradas vicios opuestos y simétricos de exceso y defecto en la inteligencia de la Iglesia y de su relación con el mundo, no han sido objeto nunca de una condenación formal por parte de la jerarquía eclesial.

El tradicionalismo tiende a sospechar o a considerar cualquier actitud reformista de las estructuras tridentinas como una herejía y una autodemolición de la Iglesia. El cuestionamiento proveniente del tradicionalismo -especialmente de sus alas más radicales- reside básicamente en que el Concilio Vaticano II habría hecho suyas las principales tesis del progresismo que tienen su raíz en múltiples fuentes como la reforma protestante y más modernamente en el racionalismo y sus subproductos como el liberalismo y el naturalismo. Pero además de este enfoque teológico se concluye que a la luz de los hechos su aplicación habría tenido por resultado un efecto devastador para la Iglesia.

Lo cierto es que la crítica encuentra un sólido sustento en la pura y desnuda realidad, ya que si bien el Concilio no canonizó ninguna herejía, lo menos que se puede decir es que sus aplicaciones adolecieron de un notorio desorden y está a la vista de todo el mundo que sus criterios reformistas fueron instrumentados en un proceso borrascoso y oscuro que llevó a una gran confusión a una amplia porción del Pueblo de Dios. En este periodo crítico a menudo quedó opacado el auténtico espíritu conciliar alumbrando una situación que el propio Benedicto XVI había tempranamente caracterizado en los años ochenta como el *konzilsungeist* (el antiespíritu del Concilio) y calificado en su primera alocución a la curia romana ya como Pontífice, con la significativa expresión de “la dialéctica de la discontinuidad”.

Sin embargo hay que señalar un matiz en la caracterización de Ratzinger-Benedicto y la de los tradicionalistas. Estos suelen atribuir el problema a factores perversos que habrían actuado dolosamente, en cambio para el Papa la cuestión es más sutil y responde a una variedad de motivaciones que actuaron de una manera separada y no concertada, alejándose de toda teoría conspirativa. A ellos se refiere cuando habla de fuerzas agresivas, centrífugas, irresponsables o simplemente ingenuas en el interior de la Iglesia.

Esta defectuosa puesta en práctica de las normas conciliares ha decantado en una tremenda crisis que no hay que disimular pero cuya magnitud los integristas tienden a agrandar con rasgos apocalípticos como una resultante del Concilio mismo y no de su aplicación, fieles una vez más a su propia sensibilidad catastrofista, que contrasta con el -en general floreciente- panorama apostólico exhibido por el universo tradicionalista.

Una mirada objetiva sobre los fríos hechos debe reconocer que no les falta razón a estas visiones bastante sombrías, sin desconocer que los datos positivos son seguramente la mayoría. Es que los números cantan su verdad, y no sólo ellos. Durante la tormenta y después de ella el número de las vocaciones decrecería notoriamente al punto de que algunas órdenes religiosas llegaron a malvender sus propiedades y los párrocos hicieron lo propio hasta con objetos sagrados de notorio valor histórico y

cultural, e incluso se llegaron a cerrar sus seminarios, y cuando así no se hizo ellos quedaron igualmente semivacíos. Hay que tener fortaleza para decir en voz alta -como hacen los tradicionalistas- que a la vuelta de varias décadas esta situación no ha sufrido una modificación sustancial.

Una reciente nota de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre la evangelización prevenía contra una realidad cada vez más visible en los fieles: según ella, y ateniéndonos a sus conceptos textuales, a menudo se piensa que todo intento de convencer a otras personas en cuestiones religiosas es limitar su libertad. Esta actitud descubre una mentalidad claudicante que se presenta como un contraste con un espíritu triunfalista del inmediato periodo preconiliar, que se habría tratado -a juzgar por los resultados, infructuosamente- de superar.

Según una opinión bastante general y con influencia aun en el clero, sería lícito solamente exponer las propias ideas e invitar a las personas a actuar según su conciencia, sin favorecer su conversión a Cristo y a la fe católica. De este modo, bastaría ayudar a los hombres a ser más hombres o más fieles a su propia religión, a construir comunidades capaces de trabajar por la justicia, la libertad, la paz, la solidaridad.

No hay que ser muy perspicaz para advertir que detrás de estas líneas de fuerza laten los postulados típicos del progresismo tan claramente como que por este camino la comunidad de los fieles se convertiría en una verdadera caricatura de sí misma, esterilizada para cualquier crecimiento y convertida en uno más de tantos movimientos sociales por los derechos humanos. Nada censurable, desde luego, sino fuera porque de este modo la Iglesia habría dejado de ser ella misma. Dicha situación evidencia que en este momento dos concepciones opuestas sobre la iglesia se han encarnado en el Pueblo de Dios sin que se sepa si alguna de ellas prevalecerá sobre la otra, si se dejan de lado las divinas promesas que se recogen en el propio Evangelio.

También ha ocurrido que se le han cargado al Concilio culpas que no le correspondían. Cuando sobrevino el abandono del método memorístico en la catequesis y su reemplazo por otros estilos pedagógicos presuntamente más modernos y eficaces, el cardenal Antonio Caggiano, que es presentado en general por los historiadores actuales al igual que el resto de los obispos argentinos como un enemigo de las reformas conciliares, sentenció sabiamente: “lo que no entra por la memoria no queda en la inteligencia”. Décadas después puede constatarse acaso amargamente la verdad de este dicho.

En todas estas realidades y en muchísimas otras de las que ellas son una pequeña muestra, encuentra su explicación la existencia del vigor tradicionalista. Alguien tenía que hacer algo, cuando no se advertían señales claras de un movimiento reactivo en la propia jerarquía eclesiástica. Dicho redondamente y sin anestesia, para el tradicionalismo radical, a partir de Pío XII los sucesivos pontífices han incurrido en la herejía modernista en virtud de la cual carecen de legitimidad para ser reconocidos como los auténticos sucesores del ministerio petrino, un punto clave en esta historia.

El sedevacantismo

Tal actitud designa al autodenominado sedevacantismo: la silla de Pedro se encontraría vacante y la Iglesia Católica en manos de una banda (suena pintoresco y desde luego constituye una injuria explicitarlo, pero en esa pura lógica integrista no deja de ser completamente coherente) de usurpadores, configurando una situación en la que se debe asegurar la continuidad apostólica mediante nuevas ordenaciones episcopales.

Esta última percepción ha generado una actividad consagratória que ha complicado enormemente este ya difícil panorama. Resulta sorprendente comprobar que en la actualidad no existen dos o tres papas, como alguna vez sucedió hace ya mucho tiempo en años negros para la Iglesia, sino que pueden identificarse hoy unos veinte antipapas, y se cuentan por docenas los obispos consagrados válida pero ilícitamente, aunque en ocasiones resulte discutible también su validez. Esto ya había ocurrido en algunas situaciones similares como la de los viejo-católicos, separados al rechazar el dogma de la infalibilidad proclamado por el anterior Concilio Vaticano en 1870.

Por poner un ejemplo paradigmático, solamente el mítico obispo vietnamita Ngo Dinh Tuc, un verdadero adalid de los disidentes, y aunque algunas de sus ordenaciones hayan sido consideradas dudosas en cuanto a su validez por los mismos tradicionalistas, consagró la friolera de quince obispos, entre ellos a Clemente Domínguez, autoproclamado papa de la Iglesia Palmariana, y éstos a su vez consagraron a otros cuarenta y tres.

El problema consiste en que estas ordenaciones episcopales serían ilícitas pero válidas, es decir, los consagrados serían verdaderos obispos, aunque sin jurisdicción. Menudo intrínquilis, aunque no es la primera vez que esto ocurre en la Iglesia, ni tampoco es ésta de las crisis más graves que ha soportado en su historia, que por otra parte tienden a reproducirse regularmente en los periodos posconciliares casi con un rigor matemático.

El ideólogo del sedevacantismo fue el dominico francés Guérard des Lauriers, quien considera que la Iglesia posconciliar ha sufrido un proceso de protestantización que la habría llevado a abdicar de la verdad ante la herejía modernista. El ha declarado que ante el indiferentismo, el naturalismo y otros errores condenados por los papas decimonónicos ahora convertidos en un nuevo magisterio, los fieles cristianos deben rechazar la apostasía romana en tanto ella habría abandonado la fe católica de siempre, alejándose de la verdad.

Como ha aclarado oportunamente la Congregación para la Doctrina de la Fe, el Concilio no ha supuesto ningún cambio en la doctrina tradicional de la Iglesia: lo que la Iglesia ha enseñado a lo largo de los siglos, lo continúa enseñando. El magisterio -tanto pontificio como conciliar- ha sido fiel a su misión de interpretar auténticamente la Palabra de Dios, y el error radical, tanto de Lefebvre como de los sedevacantistas, ha consistido en disociar la necesaria relación entre Escritura, Magisterio y Tradición.

Des Lauriers, un dominico que fue profesor de la lateranense, elaboró la fundamentación teológica de la declaración de vacancia sirviéndose de textos antiguos de Cayetano y del Cardenal Bellarmino y también de otros contemporáneos como el anterior Código de Derecho Canónico (en ese momento estaba vigente la versión sancionada en 1917) que prescribía que ante el abandono público de la fe cesan todos

los cargos. Los sedevacantistas entienden que de este modo ellos son fieles al mandato irrenunciable de la verdad cuando el Magisterio se hubiera apartado de ella.

Guérard des Lauriers también sería consagrado obispo por Tuc, consagrandolo él a su vez a otros tres obispos. Los sedevacantistas como la Unión Sacerdotal Trento de México, la Sociedad Sacerdotal San Pío V (una escisión del lefebvrismo), el movimiento *Sodalitium*, la revista alemana *Einscht* y el Instituto *Mater Boni Consilii* (Italia) reprochan a Lefebvre haber firmado todos los documentos conciliares, en lo que constituye una velada acusación de “pastelero” (pasticcione), un verdadero insulto en la sensibilidad y el lenguaje integrista en tanto evidencia la ignominia de la traición. Según esta corriente, Lefebvre debió haber declarado sede vacante antes de la ordenación episcopal y al no haberlo hecho ha incurrido en cisma.

El representante más conocido del sedevacantismo en la Argentina es Carlos Disandro, un profesor de humanidades clásicas que personifica la típica figura del intelectual fuertemente comprometido ideológicamente, en su caso con el peronismo, que ejerció un magisterio sobre varias generaciones en la segunda mitad del siglo pasado.

El lefebvrismo

El tradicionalismo moderado, en tanto no suscribe las posturas radicales del sedevacantismo, se encuentra representado principalmente por la Fraternidad Sacerdotal de San Pío X fundada por el obispo Marcel Lefebvre. ¿En qué consiste esa moderación? En que si bien Lefebvre y sus seguidores han desconocido el magisterio conciliar y se encuentran en estado de desobediencia ante el pontificado, ellos reconocen al Papa como sucesor de Pedro. La Santa Sede ha deplorado las actitudes cismáticas del tradicionalismo como la de Lefebvre, aunque, seguramente por razones pastorales, aún hoy se muestra reticente a reconocer de manera formal que haya habido un verdadero cisma, declarándolo expresamente, igual que sucede con la Iglesia Patriótica China.

Ciertamente, en el planteo lefebvrista no se propone un rechazo global al Concilio sino que sus objeciones se reducen a algunos puntos determinados, especialmente a los temas de la libertad religiosa, la colegialidad, el ecumenismo y el diálogo interreligioso, y finalmente a la reforma litúrgica instrumentada en el *novus ordo missae*. Tanto los lefebvristas como la jerarquía eclesiástica han buscado en todos estos años encontrar algún punto de apoyo que permita solucionar el conflicto.

Aunque Lefebvre sostuvo que la misa “verdadera” es la misa de Pío V y no la del Concilio, hay que decir que la celebración eucarística tal cual hoy la conocemos después de la reforma litúrgica sigue siendo exactamente la misma misa de Pío V tal como fue establecida en la Bula *Quo Primum* de julio de 1570. La misa en su esencia es de institución divina pero el rito es de administración eclesiástica, y la Iglesia lo ha cambiado varias veces a lo largo de su historia. El ritual de la celebración no es algo que se establece, como un dogma, de una vez y para siempre. Las reformas conciliares son accidentales, como siempre ha sucedido en la historia de la Iglesia. El Concilio Vaticano no hizo “otra” misa.

El hiato se volvió más profundo cuando el propio Lefebvre comenzó a ordenar sacerdotes y al fin incurrió en excomunión *latae sententiae* al ordenar cuatros

Obispos para asegurar la perdurabilidad de su propio movimiento junto al obispo brasileño Antonio de Castro Mayer (también él por este mismo motivo excomulgado) pero murió en la esperanza de llegar a un acuerdo con Roma.

Las excomuniones no llegaron por vía de una decisión de la Santa Sede sino como una consecuencia necesaria de las ordenaciones. No fueron el fruto de un impulso de Juan Pablo II, que hasta último momento procuró conciliar con los disidentes. Su súplica final muestra con hondo dramatismo su celo paternal: "más aún, se lo pido por las llagas de Cristo nuestro Redentor, en el nombre de Cristo quien, en la vigilia de su Pasión, oró por sus discípulos `para que todos sean uno'" escribió el Santo Padre a Lefebvre en un intento desesperado de evitar el camino muchas veces sin retorno del cisma.

Por lo mismo, hay que aclarar un equívoco muy común: la excomunión no es la expulsión de la Iglesia, sino que impide la recepción de los sacramentos y el ejercicio de ciertos actos eclesiásticos. Es una pérdida de la gracia e implica una ruptura con los vínculos que unen a los fieles con Cristo por medio de su Iglesia. Pero la excomunión no pone a la persona fuera de la Iglesia aunque sí la separa de una plena participación en su comunión. De otra parte, los lefebvristas no se consideran automáticamente excomulgados, sino los cuatro obispos, salvo una adhesión formal al cisma.

Bernard Fellay, el sucesor de Marcel Lefebvre como cabeza de la Fraternidad, ha mantenido el diálogo con la Iglesia y pidió el levantamiento de la sanción canónica del cual se hizo eco Benedicto XVI. La remisión de la pena no es ciertamente un acto apresurado e inconsulto como se lo ha presentado, sino que constituye un proceso de varios años que aún se encuentra en pleno desarrollo. Parte de él se muestra en el evidente gesto reconciliatorio del Papa, que autorizó en 2007 mediante el Motu Proprio *Summorum Pontificum* la celebración de la misa tridentina. Fue un hito dentro de una serie de signos elocuentes que no siempre los lefebvristas han apreciado en su justa magnanimidad.

Ahora queda en manos de estos mismos lefebvristas articular una actitud consecuente con su nueva situación eclesial. Los esfuerzos del papa Benedicto han sido elocuentes y ha pagado su duro precio por ellos, pero cualquier precio debe ser justipreciado a la luz del gran bien de la unidad y la plena comunión eclesial. Como en su momento Juan Pablo II lo puso de relieve en *Ecclesia Dei*, el manifiesto error del lefebvrismo consiste en anteponer la tradición al magisterio: cualquier interpretación de la tradición divorciada del magisterio rompe la unidad católica.

Lefebvre viajó a la Argentina en los años setenta con ayuda de un grupo de tradicionalistas locales y particularmente de Mateo Roberto Gorostiaga, quien no sólo intervino en la instalación de la Fraternidad en el país, sino que ayudó de diversas maneras como la institución de becas a seminaristas que se formarían en el seminario de Econe (Suiza). Actualmente la fraternidad cuenta con cuatro seminarios (uno de ellos en nuestro país), setenta iglesias, centenares de seminaristas y miles de fieles en diversas partes del mundo, y uno de los principales es la Argentina.

Años anteriores Gorostiaga había impulsado varias iniciativas como la revista "Roma" (dirigida por el noble húngaro Andrés de Asboth) y participado en el

inicio de “La Ciudad Católica” en el país en el año 1959. Se trata de la filial argentina de una asociación internacional de laicos fundada por el francés Jean Ousset cuyo carisma atiende a la instauración del reinado social de Cristo mediante una acción apostólica capilar. *La Cité catholique* compartía en forma genérica el ideario de Lefebvre pero nunca rompió con la comunión católica, pudiendo caracterizarse en este sentido con cierta impropiedad como un lefebvrismo inmanente.

Unos pocos años después, Gorostiaga promovió que el gobierno de Onganía -de quien fue funcionario- realizara la consagración de la Argentina al corazón de la Virgen María. Los tradicionalistas en general cultivan una particular devoción mariana y una predilección por las apariciones -a veces dudosas- de la Virgen, cuyo sentido, según ellos, consistiría en advertir a la Iglesia de sus propios males y pedir el regreso a la verdad “de siempre”.

Un tradicionalismo plenamente católico

A diferencia de los dos anteriores, el lefebvrismo y el sedevacantismo, el tradicionalismo integrado es el que ha admitido el magisterio eclesiástico y se halla por lo tanto en plena comunión eclesial con Roma, como habría sido el caso de “La Ciudad Católica” y la revista “Verbo”. En esta corriente se inscriben algunas fundaciones como la Sociedad Sacerdotal San Juan María Vianney, nacida del espíritu apostólico de Antonio de Castro Mayer en Campos (Brasil), en el año 1998. Esta sociedad que constituye un desprendimiento del lefebvrismo, fue reconocida por la Iglesia católica bajo la forma de una administración apostólica personal.

Parecida situación es la de Instituto del Buen Pastor, fundado en el año 1994 por Philippe Laguerie y Paul Alagnier, también de derecho pontificio. Del mismo modo, regresaría al seno de la Iglesia la “Fraternidad Sacerdotal de San Pedro”, fundada en 1998 por Philip Bisig y constituida como una sociedad de vida apostólica de derecho pontificio.

La *Federatio Internationalis Una Voce* fue fundada en Suiza en 1967 con el objeto de preservar el patrimonio de la liturgia tradicional previa al Concilio, (aunque sin rechazarlo) incluyendo el latín. Contrariamente a una generalizada creencia popular, el uso del latín no fue derogado por el Concilio Vaticano II, y como el propio Ratzinger ha aclarado puntualmente, el Concilio tampoco prescribió la celebración de la misa *coram populo*.

Como se ve, algunos han llegado a ser más conciliares que el concilio, del mismo modo que otros han querido ser más papistas que el Papa. Todas estas instituciones se inscriben en la órbita de la comisión *Ecclesia Dei*, creada por Juan Pablo II para favorecer la plena comunión eclesial con los grupos tradicionalistas.

Bastantes de las críticas tradicionalistas radicales pecan a menudo de un característico barroquismo, de una desmesura subjetivista y en alguna ocasión hasta suelen parecer el producto de una mentalidad afectada de un cierto histerismo, pero debe reconocerse que frecuentemente dan en el clavo, aunque a muchos les resulte trabajoso reconocerlo. Por eso el tradicionalismo integrado tiene un interesante papel que cumplir hoy en la Iglesia, haciendo ver lo que otros no pueden o no quieren ver.

Tradicionalismo y antisemitismo

No se puede decir que el odio visceral a los judíos que constituye el antisemitismo sea un patrimonio exclusivo del tradicionalismo ni mucho menos. No se puede identificar de ningún modo el tradicionalismo con el antisemitismo. Pero sí es posible advertir en el tradicionalismo un larvado antijudaísmo al que se le asigna un fundamento teológico, y que es más acusado en la medida de una radicalización del tradicionalismo hasta concluir en el integrismo, siendo relativamente débil en el tradicionalismo integrado. Este prejuicio antijudío se halla en realidad difundido en amplios ambientes del pueblo cristiano más allá del tradicionalismo, pero alcanza su mayor expresión en la categoría política del integrismo que es el nacionalismo. En muchas ocasiones este antijudaísmo no se muestra por diversas causas con claridad y las más de las veces se expresa en las conversaciones privadas y muy raramente en las declaraciones públicas.

Pero puede decirse que el antisemitismo es un componente esencial del integrismo, aunque por lo dicho esto no suele mostrarse abiertamente. En la mentalidad integrista, aunque se mantenga incluso en sus vertientes más moderadas, se encuentra presente a modo de obsesión la teoría conspirativa que recoge tres núcleos motores clásicos conformantes de una tríada de la máxima perversidad: el judaísmo, la masonería y el comunismo.

En tal sentido, el tradicionalismo radical y aún el moderado sustentan la convicción de que la herejía judaizante habría instalado sus reales en el lugar más alto de la Iglesia y gustan de identificar esta visión de la realidad como la abominación del mal. Este tipo de situaciones en las que los hombres son víctimas de un dominio despótico del maligno constituyen un ingrediente muy del gusto integrista.

Existen así en el seno del integrismo creencias o fantasías, según se mire, como la de que el papa Juan XXIII se habría afiliado a la masonería en Turquía. Hay quien ha querido ver la prueba del mal en un pectoral de Pablo VI que constituiría un ornamento ritual judío correspondiente al sacerdocio levítico. El delirio integrista no tiene límites. En mi juventud recibía de vez en cuando panfletos integristas provistos de las ideas más peregrinas que uno pueda imaginar. Una vez me enviaron una explicación, incluyendo fotos demostrativas, de cómo el “verdadero” Papa Pablo VI se encontraría prisionero en los sótanos del Vaticano mientras en público se exhibía un sosias. La demostración de esta hipótesis corría por cuenta de una foto de la oreja del “verdadero” Pablo VI junto a la del falso que aparecía retratado en las ceremonias pontificias.

La primacía del antisemitismo teológico en la Argentina corresponde al sacerdote Julio Meinvielle, de notoria influencia en la segunda mitad del siglo pasado. Si bien Meinvielle no llegó a conocer el desarrollo del movimiento lefebvrista, puede decirse que sus planteamientos doctrinales son coincidentes con él, no obstante que nunca llegó a romper formalmente con la jerarquía eclesiástica local, que le prodigaba un generoso *laissez faire*. Meinvielle albergaba una profunda obsesión por la “cuestión judía” y creía a rajatabla en la teoría de la conspiración por la cual adjudicaba al judaísmo un siniestro plan de dominio mundial con el objeto de destruir a la Iglesia católica.

Situaciones como las del obispo Williamson muestran con elocuencia que el antisemitismo es una realidad más o menos oculta en el tradicionalismo radical y aun en el moderado, más allá del negacionismo, en tanto una cifra determinada de víctimas del holocausto no constituye un artículo de fe de la Iglesia católica. Debido a la manipulación que ha sufrido la imagen de Benedicto XVI en el campo mediático, donde se lo ha presentado como “el papa nazi”, no pocos católicos comienzan a internalizar la idea de que se trata de una vergonzante realidad y de este modo son previsibles ciertas sobreactuaciones sobre el particular en el mismo seno de la Iglesia, no necesariamente entre los tradicionalistas.

Colofón

Joseph Ratzinger se ha autoimpuesto un quehacer arduo: reconstruir (más exactamente, sin el prefijo re) el edificio sobre fundamentos más seguros que los ensayados hasta ahora en la tierra arrasada por el *konzilsungeist*. Se trata de una tarea difícil, llena de dificultades, arideces e ingratitudes, pero de necesidad absoluta cara al futuro. Las incomprendiones, como está a la vista, aparecen por todas partes y provenientes de direcciones opuestas.

En el progresismo dicha actitud del Papa es mirada con desconfianza como una regresión. En los ambientes tradicionalistas hay una gran divergencia acerca de las verdaderas intenciones de Ratzinger y no faltan quienes piensan que los pasos dados por el actual pontificado constituyen una falsa restauración que debe ser rechazada, puesto que se trataría nada más que de una suerte de maniobra de la Santa sede con el objeto puntual de quebrar el movimiento cismático, supuestamente poseedor de la verdad.

La mayor parte de los cristianos se encuentran bastante desconcertados y no saben qué pensar. Si se guiaran por los mensajes mediáticos tendrían que concluir que tienen la desgracia de tener que soportar un papa nazi y por añadidura un poco tonto. Lo grotesco de esta caracterización no la exime de su dolorosa, agresiva y apabullante realidad. El Papa ha sido objeto de cuestionamientos no tanto fuera de la Iglesia sino también dentro de ella.

La controversia Williamson dejó con todo en evidencia la descarnada verdad del angustioso grito tradicionalista: el mal está en el interior. No siempre ese alzamiento contra la autoridad papal adquiere resonancias mediáticas. En medio de un enjambre de opiniones cruzadas saturadas de equívocos, muchos fieles, incluyendo eclesiásticos, exhiben así en la Iglesia de hoy la más sutil de las resistencias a la cabeza: la resistencia del silencio.

Resulta significativo que en el Motu Proprio *Ecclesia Dei*, Juan Pablo II aprovechara para puntualizar algo muy importante que está en el origen del problema lefebvrista y ahora en el centro del gobierno pastoral de Benedicto XVI. El documento formula una invitación a la reflexión a *todos* los fieles sobre su fidelidad a los concilios (de Nicea al Vaticano II), para que superen interpretaciones erróneas y aplicaciones arbitrarias y abusivas en materia doctrinal, litúrgica y disciplinar. También recuerda a los Obispos su grave deber de ejercer una vigilancia llena de caridad y de fortaleza, de modo que en todas partes se salvaguarde dicha fidelidad.

El Santo Padre dirige su exhortación no sólo a los lefebvristas sino a todos sus hijos, y no puede dejar de recordarse aquí a quienes desmerecen un lugar en la Iglesia a las sensibilidades tradicionalistas respetuosas de la autoridad eclesial. De ahí su llamado a que todos los pastores y fieles tomen nuevamente conciencia, no sólo de la legitimidad, sino también de la riqueza que representa para la Iglesia la diversidad de carismas y tradiciones, que constituye también la belleza de la unidad en la diversidad.

Pero me parece advertir que también hay en el texto una referencia a las “otras” infidelidades de quienes han distorsionado el auténtico sentido del Concilio Vaticano II. Por esto mismo, no deja el Papa de llamar la atención de los teólogos y expertos en ciencias eclesialas, instándolos paternalmente a que las amplias y profundas enseñanzas del Concilio Vaticano II encuentren en ellos un nuevo empeño de profundización, en el que se clarifique plenamente la continuidad del Concilio con la tradición, sobre todo en los puntos doctrinales que aún no han sido bien comprendidos por amplios sectores de la Iglesia.

Cuando cesó el bombardeo del posconcilio (del antiespíritu del Concilio) y se abrió paso un periodo de mayor tranquilidad en la comunidad de los fieles, que las bombas dejaran de estallar no significaría ciertamente que las cosas estaban solucionadas. Al quedar atrás el estruendo y al irse decantando el polvo ambiental se fue dejando ver el paisaje surgido por la nueva realidad, que hay que convenir que era y es en cierto sentido preocupante, ya que este panorama se presenta aún hoy bastante desolador. Dicho de otro modo, a partir de que se comenzó a dejar ver la nuda realidad, solamente quedó el silencio: una ciudad, sino en ruinas, notoriamente deteriorada, aunque pocos fueron capaces de decirlo, si se exceptúa a los tradicionalistas.

No se trata estrictamente en la sensibilidad del Papa Ratzinger de una labor restauradora. Hay en este momento en la Iglesia quien se alegra y hay quien se aflige por considerar en ambos casos que Ratzinger es tradicionalista. Harían bien en ahorrarse el gozo y el sufrimiento: Benedicto XVI no responde a esa categoría. Que inaugure instancias de diálogo, que abra espacios para esa sensibilidad, no lo identifica en absoluto con ella sino que su actitud debe más bien buscarse en su amor por la libertad, el pluralismo y la catolicidad en la Iglesia. Está por verse si sus críticos que le encasillan en un espíritu autoritario son capaces de pasar ese examen.

Desde el mismo momento en que cesaron las bombas, el cardenal Ratzinger adoptó primero una disposición de profundo sinceramiento, esto es, comenzó a tratar de hacer ver que lo que se había vendido como pato era en realidad gallareta: lo que se supo presentar como conciliar, en demasiadas ocasiones no fue sino su caricatura. Ahora como Pontífice ha puesto manos a la obra con paso decidido y audacia sobrenatural para enmendar el daño y continuar la tarea de la salvación. No es algo fácil cuando durante años la sociedad mediática ha construido una imagen mítica del Concilio. ¿Quién querría regresar ahora de unas modalidades que han quedado incorporadas a las costumbres de los fieles ya por décadas?

En segundo lugar, Ratzinger se dedicó a rescatar el auténtico espíritu conciliar y a tratar de recuperar lo que el bombardeo había destruido. La principal destrucción radica en la pérdida del sentido de lo sagrado, un núcleo que la sensibilidad tradicionalista ha conservado como el verdadero tesoro de la Iglesia. En esa dirección

apunta Benedicto. Ordenar la casa, restablecer la pureza y vigor de la doctrina, volver a las instituciones probadas, profundizar el camino de su antecesor, enmendar los errores del pasado, limpiar y sanar las heridas, enderezar las direcciones torcidas y alentar un nuevo rumbo, pero sobre todo, alumbrar nuevamente a la Iglesia con el resplandor incandescente de la sacralidad.

La miopía y la cortedad de miras que es posible encontrar más de una vez en los ambientes integristas es algo proverbial y cuando a ello se suma, como no ha faltado, una actitud soberbia, resulta necesaria una gran caridad para mostrar el temple del espíritu cristiano. Puede haber llegado ese momento. Ahora vivimos una circunstancia histórica donde se puede poner en ejercicio la grandeza de una misma fe, de uno y otro lado.

Contrariamente a lo que se piensa en el progresismo y el integrismo, hay una esencial continuidad entre los dos pontificados de Ratzinger y Wojtyla. Solamente se diferencian por el estilo, en tanto uno miraba más hacia afuera y el otro lo hace más hacia dentro. Ambos son dos directores de orquesta que ejecutan la misma melodía, aunque cada uno lo hace con su propio estilo. Las notas pueden tener un énfasis diverso pero la sonatina que interpretan es la misma.

Esta es la tarea -esforzada, inclemente, y difícilmente comprensible por el mundo, ni siquiera por sus propios hijos, y en tal sentido evidentemente antipática pero necesaria- que se ha trazado Joseph Ratzinger como un deber moral y como objetivo de su gobierno pastoral de la Iglesia. A su diestra (integrismo) y a su siniestra (progresismo) acecha la contradicción que envuelve su figura con aires martiriales, aunque nadie lo llame tal. Es el signo de la santidad.

El mismo sabe que su oportunidad será relativamente breve, es decir que no tiene todo el tiempo del mundo, pero también que en la Iglesia las cosas temporales y las espirituales han de contemplarse con la sabiduría de los siglos y sobre todo *sub specie aeternitatis*. Aunque la labor se proyecta más allá de su pontificado, él ha encendido una nueva luz en la Iglesia de Jesucristo. Si la casa está iluminada por la luz, sus rayos de claridad se van a expandir a su alrededor por todo el mundo.